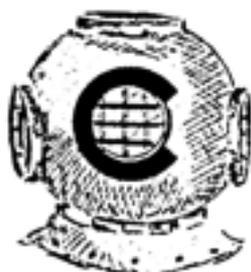


EL FAQUIR DE CEYLAN

Por
Pierre CHILI



ON UNA FLOJA brisa. del este, a velas desplegadas, nos internamos en el Mar Indico, dejando al oriente el meridiano de Sokotra.

En la noche del 25 de marzo de 1904, avistamos el faro de la isla Minikoi e hicimos rumbo a Ceylan, a la isla llamada por sus hijos: "la perla del Asia en las sienas de la India .

Al subsiguiente día nos amarramos dentro de los muros del puerto de Colombo, hermosa ciudad hindu-europea de magníficos hoteles y blancos palacios en un parque de palmeras, tierra de ebanos y de tamarindos, y en cuyos mares se ocultan las más bellas y las más antiguas perlas del mundo.

Un mes atrás, en Nápoles, nuestro buque se había visto rodeado de botes, en los cuales numerosos napolitanos nos cantaban sus canciones ardorosas. Dentro de sus sombreros caían las monedas que desde a bordo les arrojaban los tripulantes, ¡aquella despedida de imborrable recuerdo! La "Baquedano", lentamente dejaba a la "piu bella cita situata infanti nel golfo di Nàpoli" y cien Carusos "gondolieris" y cien Tetracinis silvestres, seguían tras nuestro buque formando sus botes una escuadrilla desordenada y pintoresca. En actitudes teatrales, Carusos y Tetra-

cinis, parados en las bordas, pulsando mandolinos y bandurrias, nos despedían agradecidos, confundidas doscientas voces líricas que cantaban: "Ad o m a bella Napoli. .

Cada puerto tiene su peculiaridad. Nápoles, sus cantores; Colombo, sus domadores de serpientes, sus vendedoras de zafiros y de diamantes falsos, sus faquires charlatanes y holgazanes bajo una máscara de devotos ascetas. Todos ellos llegan a bordo a lucir sus habilidades y a ganarse con ellas unas cuantas monedas.

Frente a una gran bola de cristal, un faquir nos predijo la fortuna a la mayoría de los oficiales. ¡Un comediante de la peor especie! A muchos predijo una próxima muerte, y viven todavía; a otros, una larga vida, y se han ido hace ya tiempo.

Era un "faschar" que vestía una capa de fieltro blanco. Sobre su cabeza, un turbante adornado con plumas y piedras falsas que espejeaban colores de fuego. Cenicienta cara sobre cuya oscura piel contrastaba el blancor de unas albas barbas largas.

Nos mintió. Pero, ¡ay! si hubiera dicho la verdad: de seguro que el "kaschkul" que nos estirara para recoger nuestras monedas, hubiera sido arrojado vacío a la agua.

Hace años. Hoy sabemos la verdad. Sabiéndola, tomo el puesto de faquir; me cubro con la capa de fieltro blanco; pueblase de blancas barbas mi cara. Soy un "madschub", un inspirado faquir que llega en marzo de 1904 a bordo de la "Baquedano". Murmuro unas oraciones en un idioma impenetrable, y saco mi esfera de cristal que irradia luces misteriosas. Apoyo mi frente sobre mi baculo y quedo sumido en religiosa meditación.

Veintisiete oficiales, de comandante a guardiamarina, me rodean, complacidos y confiados. Pero yo les dire la verdad, la amarga sima verdad a muchos, temblando el faquir para decirles despues angustiado:

— "La verdad no pertenece a los farsantes, y sea loado el ignorarla."

Avanza Jorge Mery, segundo comandante del buque, esbelto y hermoso como un heroe novelesco. Sonr en sus grandes e inteligentes ojos. Un porvenir que es una gloria, piensan todos, incluso el mismo, que se conoce. Es el mas joven de los capitanes de corbeta de la Armada; el mimado de la buena fortuna; el caballero Bayardo como todos lo llamaban.

Extiendo mis manos sobre el cristal. Me prosterno y medito.

— ¿Que me predices?

— Veo cubrirse tus botamangas con muchos galones gruesos. Rapido ascenso. Mery sonr e.

— Te casaras muy luego con quien ha sido el mejor sueno de tu vida.

Sonr e Mery.

— El cristal se empana. . . Nacera tu hijo.

Me detengo. No me atrevo.

— Habla, me dice Mery inquieto.

— Nacera tu hijo y morira al mismo tiempo la que fuera tu mas bello sueno.

Mery palidece.

— Sigue, exclama imperativo.

— Ya no levantarás la cabeza. En tu brillante inteligencia germinara la locura y moriras joven.

El caballero Bayardo se retira vacilante.

— A ver tu. ¿Quien eres?

— Tomas Greene.

Rebosa salud. Colorado, mofletudo, grueso, mira algo burlesco con sus ojillos grises perspicaces.

Observo mi cristal. Con voz apagada le digo:

— Te quedan meses de vida. Llegaras a tu patria y falleceras dentro de poco.

Los que rodean gritan:

— Es un farsante. ¡Fuera! ¡Fuera!

El terror los domina. Ya no llegan sonriendo ante mi esfera de cristal.

Solo Gandara se acerca festivo como siempre. Hace un gesto de incredulidad.

— Veamos, viejo, me dice.

El cristal resplandece.

— Tus dos delgados galoncillos de teniente se transformaran en cuatro gruesos galones de navio.

— No esta mal, dice Gandara.

— Se ensombrece el cristal. No alcanzaras a ser lo que leg timamente ambicionas. Se cortara tu carrera, todav a joven. Moriras de capitan de navio, deseoso de alegr as y mas alegr as, de luz y mas luz.

En Gandara se apaga la risa.

Y van desfilando ante mi esfera todos los oficiales. Luis Pepper, guardiamarina de 29, ironico, altisonante, me pide que le prediga su fortuna.

— Llegaras a teniente 19. Moriras luego despues.

Llega el guardiamarina Julio Caldera. Enmudezco. Es un nino todav a.

— Veo a un buque en alta mar. Se hunde. Te arrastra en su hundimiento. Eres su capitan. Bregas en las olas. Te ahogas. Veo a tu cuerpo extendido en una playa.

Eugenio Sanchez Munoz, otro guardiamarina, atrevido en sus desenfados, un robusto cerebro, un caracter fuerte, solicita mis servicios.

— Te retiraras con un galoncillo. Te sonr e la fortuna en tierra. Decece tu buena fortuna y mueres.

— ¡Basta! ¡Basta!, gritan todos.

El comandante Gomez Carreno se abre paso con su arrogancia. Su voz bronca, acostumbrada al mando, resuena. Amplia y anchurosa frente; dominante aspecto.

— ¿Que me predices, farsante?

Me inclino como ante un monarca.
Limpio mi cristal sobre el cual clavo mis
ojos.

— Veo un terremoto. Se derrumban
casas. Incendios. Tomas el mando mili-
tar. Tu fama se esparce. Eres el primer
hombre del pa s. Sigues subiendo a las
cumbres. Contraalmirante. Vicealmirante.
Todos te reverencian.

Me callo. Me amedrento.

— ¡Continua!, exclama imperativo.

— Un automovil corre. Te vuelcas.
¡Mueres!

El terror culmina.

— ¡Fuera! ¡Fuera!, exclaman todos.
¡Farsante!

Me descubro.

— No temais, amigos m os, les digo. Ha
sido una farsa. Soy uno de vuestros com-
paneros que se ha disfrazado de faquir.

Pero yo, que se la verdad, despues de
vividos estos anos que han transcurrido,
bajo mi capa de fieltro blanco, repito en
un idioma extraño que no entiendo, ver-
s culos tal vez del Rig-Veda o del Rama-
yana:

“La prediccion de la vida no pertenece
a los farsantes y sea loado el ignorarla“.



FILOSOFIA SOCIAL DE MERCADO

Esta teoría económica de nuevo cunó no sabemos si ha sido analizada por los economistas de la escuela de Chicago; pero fue expuesta en una clase magistral dictada por el patrón de una chalupa chilota que atraco al costado de una escampav a a ofrecer en venta sus gallinas.

El expositor hizo también tabla rasa de las normas dictadas por los expertos publicistas; visto que, en vez de pregonar y ponderar sus productos, se limitó —acorde con el habitual dinamismo de su raza— a guardar un enigmático silencio, en espera de ser interrogado.

—¿A cuánto las gallinas, amigo?

—A diez pesos cada una, mi teniente.

El precio era conveniente, las gallinas gordas, la ración de Armada flaca, y el apetito de la tripulación excelente. La transacción se cerró por veinte gallinas.

El chilote hizo sus cálculos moviendo sus dedos con inusitado dinamismo, mientras su cerebro electrónico contabilizaba los datos:

—Son doscientos cuarenta pesos, mi teniente.

Una carcajada general fue la respuesta al resultado de tan compleja operación matemática.

—¿Tú loco? —le pregunto el cocinero—. ¿Cuánto son diez por diez?

Seran cien —dijo el chilote— pero las gallinas valen eso.

—Dame diez gallinas, entonces.

Espectación general, mutismo del vendedor, nuevos y complejos cálculos, y finalmente entrego su precio.

—Ciento quince pesos, mi cabo.

Ante problema tan complejo y polifacético, la tripulación acordó no complicar más al chilote, y se inició la compra de gallinas por el sistema unitario.

—Una gallina.

—Diez pesos.

—Otra gallina.

—Diez pesos.

—Otra gallina.

—Once pesos.

—¿Y cuánto vale la cuarta gallina?

—También once, pero la quinta vale doce.

El contramaestre, natural de San Juan de Tenaun disipó todas las dudas.

—Es para evitar la reventa, mi teniente... u sea...

Se trataba de una muy sencilla ley anti monopolios, una muy vieja filosofía chilota en la economía social de mercado.